



LA MÚSICA, MENSAJERA DE LA PAZ

Yehudi Menuhin y Miguel Ángel Estrella (Violinista y director de orquesta, respectivamente)

Artículo aparecido en el diario *Le Monde Diplomatique*, Número 29, Marzo de 1998

En este final del siglo XX, la humanidad atraviesa un período de angustia e incertidumbre. Los cambios son tan importantes y tan rápidos que, a los veinte años, un joven ya puede decir: "El mundo ya no es el que era". Cuando tantas cosas cambian, es toda la sociedad la que está llamada a transformarse y permanece a la búsqueda de identidad. Esta transición se hace, a menudo, de forma dolorosa. Los creadores, en los que cristalizan las angustias y los sueños de una sociedad por reconstruir, lo saben bien. Para el artista, ya sea músico, escritor o pintor, esta búsqueda es mucho más ardua porque necesita unir una sensibilidad exacerbada a una reflexión filosófica sobre su arte, lo que convulsiona lo más profundo de sí mismo.

El artista ¿puede contentarse con "hacer carrera" o debe ser un fermento, un despertador de conciencias, un "revolucionario"? ¿Debe seguir las normas fijadas por la sociedad o debe luchar para hacerlas evolucionar, ponerlas en duda, incluso corriendo el riesgo de ser atípico? ¿Puede salvarse solo o debe intentar salvarse con, y por, los otros? ¿Libertad personal o libertad para todos? Cada cual reacciona a su manera; fija los límites de lo aceptable o inaceptable; transige o se opone. Pero la elección es inevitable...

¿Qué representa el individuo en el seno de una sociedad? ¿Qué peso tiene? Algunos se plantean esta cuestión desde la adolescencia. Otros consiguen esquivarla siempre. La experiencia demuestra, en todo caso, que es posible conjugar las esperanzas de desarrollo personal con el devenir de la sociedad en la que vivimos. Por otra parte, creemos profundamente que es posible construir algo nuevo por —y gracias a— la música.

En efecto, la música, medio y herramienta de expresión universal, permite la comunión y la participación: unión con los otros, con el entorno, y participación en la riqueza interior del ser. No existe una forma de expresión musical, sino varias. Todas ellas merecen respeto a condición de que estén ancladas en una raíz cultural real, empezando por las más populares y las más simples, que encierran auténticos tesoros de sensibilidad e invención. Todo esto supone renunciar a la apariencia y a la posesión, lentejuelas ridículas y efímeras.

El arte protege de los instintos bárbaros

Nunca se insistirá bastante en que el pragmatismo profesional, la carrera por tener cada vez más dinero y honores, es mortífera. Mata lo mejor que hay en nosotros: el amor y la libertad. A menudo solemos olvidar el placer y el sentido de lo esencial. Y lo esencial camina a la par con el distanciamiento de lo accesorio... El rechazo de lo comercial puede servir de apagafuegos a lo largo de toda una vida y en las circunstancias más difíciles. Elegirlo es elegir la libertad, tanto la libertad de elegir su esclavitud como de tocar incansablemente su piano o su violonchelo en la convicción de que, juntos, nos hacemos mejores¹.

Cada vez que un conflicto se produce en la otra punta del planeta, nos vemos mezclados en él, pues la humanidad es indivisible. Toda guerra es una guerra civil. Compartimos colectivamente las amenazas que pesan sobre la Tierra, pero también sus recursos. ¿Somos conscientes de las responsabilidades y

¹ Léase Miguel Ángel Estrella, entrevistas con Jean Lacouture, *Musique pour l'espérance*, Le Seuil, París, 1997; Yehudi Menuhin, en colaboración con Catherine Meyer, *La Légende du violon*, Flammarion, París, 1996; y Yehudi Menuhin, *La Leçon du maître*, Buchet Chastel, París, 1997.



los deberes que tenemos con ella, así como con las futuras generaciones? Ninguno de nosotros puede decir: "He aquí los criminales, he aquí los sabios. He aquí los buenos y los malos. O más aun: no soy yo, es él".

El artista ¿sería capaz de pretender que es cualquier otro el responsable de sus notas falsas? Cada uno de nosotros debería aprender esto desde la infancia: somos responsables de nosotros mismos, y de los demás. Desde hace siglos, cometemos un pecado capital: establecer una distinción entre lo que hay que proteger y de lo que hay que protegerse. Pero deberíamos defender a nuestros enemigos tan bien como a nosotros mismos; protegernos no de los extraños sino de nosotros y aprender a dar todo en lugar de contentarnos con dar lo que nos sobra.

El compartir es la mejor garantía de la paz. La música y las artes invitan a la participación y constituyen un antídoto contra los obstáculos a la armonía entre los hombres. Hacer música no es solamente tocar o cantar, es también escuchar. Al aprender desde su más tierna edad a escuchar al otro, el niño descubre lo que es la tolerancia y se protege de sus instintos bárbaros. La música debería pertenecerle como el aire, el agua y la leche, pues, para nosotros forma parte de los derechos humanos. Representa una fuerza insospechada en la sociedad, capaz de hacer que las cosas se muevan. Abrir los espíritus a las capacidades de creación de todos y liberar los talentos: este es el papel del artista.

Si muchas ambiciones son destructoras porque buscan la apropiación de algo o de alguien, esta ambición no es la guerra, sino lo contrario. El arte transfigura todo, empezando por el deseo de dominación, de explotación y de venganza, que existe en cualquier ser humano. Tiene el poder de abolir el mal. Bach, tocado bajo el techo de la Capilla Sixtina, puede terminar con las desgracias de la humanidad². A los que dicen: "*¿Por qué tocar a Beethoven, cuando las personas tienen hambre?*", nosotros les respondemos: "*Pero cuando escuchan a Beethoven su vida cambia y nosotros cambiamos con ellos*"³. El arte nos revela a nosotros mismos.

Cada uno de nosotros es un creador. Basta con que descubra su propio talento y se dedique a desarrollarlo. El bailarín tiene la ambición de dominar su cuerpo. El violinista, su arco. El director de orquesta, encontrar la relación justa entre la partitura y sus músicos. El flautista, al aspirar el aire, tiene la ambición de dar vida a su instrumento. La interpretación depende finalmente de nosotros. La creación vive en nosotros, nos posee, lo mismo que el infinito. En este sentido, todos somos divinos. Somos, constantemente, creados, recreados, rehechos por una línea ininterrumpida durante millones de años, lo que nos hace a todos solidarios.

Pero no puede haber un arte auténtico que esté conforme con el hambre, el racismo, las bombas y la tortura. Sobre esta idea, y sobre esta verdad tan clara, nació la asociación "*Música-Esperanza*" hace quince años⁴. Sus dos pilares fundadores —la música y la ética— continúan manteniendo su acción a través de todo el mundo, tanto en regiones enlutadas o traumatizadas por las guerras y las dictaduras, como el Oriente Próximo o América Latina, assoladas por catástrofes como las de Chernóbil, en Ucrania, o lugares de los llamados ricos. "*Música-Esperanza*" intenta luchar contra la exclusión de unos y el aislamiento de otros, en el seno de sociedades que son insolidarias y quiere que brote la música en los lugares marcados por el sufrimiento.

Poner la música al servicio de la lucha contra todas las injusticias⁵ significa solamente prolongar lo que siempre hicieron los grandes músicos: Beethoven, Bach, Mozart, Mússorgski, Bartok, Liszt y tantos

² Léase "Yehudi Menuhin. La virtuosité dans la tête", *Le Monde*, 14 de febrero de 1995.

³ Léase "A quoi bon jouer du Beethoven quand les gens ont faim?", *Le Monde diplomatique*, junio de 1989, y "Chanter contre le silence", *Le Monde diplomatique*, enero de 1998.

⁴ "Musique-Espérance", Cité internationale des arts, 18, rue de l'Hotel de Ville, 75004. Asociación de objetivo humanitario, fundada en 1982 por Miguel Angel Estrella, después de salir de las cárceles uruguayas donde había pasado tres años. Yehudi Menuhin, que se había puesto a la cabeza del movimiento de solidaridad internacional para conseguir la libertad del pianista, es miembro del Comité de honor internacional de esta organización.

⁵ Con ocasión del 15 aniversario de "Musique-Espérance", se ha organizado un concierto de prestigio, con vocación humanitaria, "Concert de l'Espérance", el 21 de marzo, en el Gran Dôme de Villebon-Sur-Yvette, en Essonne. Yehudi Menuhin dirigirá la



otros que pasaron su vida dando generosamente lo mejor de sí mismos a la sociedad de su tiempo. La música es una manera de ver a la humanidad, de dar testimonio de la época. ¿Cómo podría permanecer indiferente un músico cuando, en cualquier parte del mundo, la vida o la libertad de los hombres se ve amenazada?

Desde su creación, "*Música-Esperanza*" se ha fijado varios campos de intervención: los derechos humanos —que implican el derecho a una educación musical de calidad para todos, en especial para los niños— y la situación de los jóvenes músicos profesionales. Con los Derechos del Hombre es el porvenir de la humanidad el que está en juego. Con los músicos jóvenes es el porvenir de la música el que nos jugamos: por tanto, el porvenir de la libertad humana. Fantástica mediadora entre los hombres, vieja como el mundo, tan compartida como la luz del sol, la música habla el lenguaje universal de la vida y de la muerte, del dolor, la alegría y la esperanza.

Por eso nosotros, músicos y amigos de la música, creemos que puede acercar a los hombres y hacerlos más solidarios. Mensajera de la paz, actúa en favor de los que sufren, están privados de la salud, del derecho al trabajo, de su dignidad humana. La música no es —no debe ser— un objeto de consumo, sino un medio de abrirse un camino hacia los otros y hacia sí mismo.

El miedo tiene tantas caras como la miseria. Miedo y miseria del obrero ante la fábrica que se cierra, del artista a que se le quemen las obras o del campesino cuando le roban su tierra. Miedo también los unos de los otros, sobre todo en las grandes ciudades donde la gente ya no se habla... El miedo, en el año 2000 como en todos los tiempos, es siempre el fin del mundo. Pero el miedo es también la esperanza de que todo es posible cuando todo ha fracasado, que todo está por hacer cuando todo está perdido. El miedo, en última instancia, debe justificar nuestro optimismo. Es la certeza de que, de todas estas cuestiones en forma de angustia —nunca planteadas con tanta agudeza como en esta víspera del tercer milenio, gracias a los extraordinarios medios de comunicación actuales— nacerá una inmensa creación, obra de todos, y no la destrucción.

Soñamos un mundo libre y sabemos que somos muchos los que compartimos esta esperanza. Soñamos con que la paz ya no sea una preparación para la guerra⁶. ¿Somos utópicos? Quizá. ¿Idealistas? Ciertamente. Pero, sin ideal, sin utopía ¿qué progresos podría esperar la humanidad?

orquesta filarmónica de Radio France, con la participación especial, de Miguel Angel Estrella y Michel Petrucciani. Los artistas no cobrarán cachet (Información: 01 60 14 50 49. Reservas: 01 42 31 31 31).

⁶ Véase "Yehudi Menuhin, messenger de la liberté", *Le Monde*, 29 de noviembre de 1996.